

pecto de España, y descubria del todo la determinacion en que estaba de arrancar á José hasta la sombra de autoridad que este conservaba todavía.

Providencias nuevas de Suchet.

Al día siguiente de la rendicion de Valencia fueron desarmados los vecinos y muchos conducidos á Francia, so pretexto de que eran provocadores de motin. Lo mismo, por órden especial despachada de Paris, todos los frailes que pudieron haberse, que ascendieron á 1500. Hubo mas: á cinco de ellos, los padres Rubert, Lledó, Pichó, Igual y Jérica arcabuceáronlos junto á Murviedro, á otros dos en Castellon de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros que se rezagaban de cansados. Así se cumplia la capitulacion pactada.

Frailes llevados á Francia y arcabuceados.

Figurábanse ahora los franceses, como ya en un principio, ser los frailes los fraguadores del levantamiento y de la resistencia nacional, y de consiguiente se ensañaban en sus personas. Juicio, según hemos advertido otras veces, hasta cierto punto errado. Hubo religiosos que en efecto tomaron parte honrosa en la causa de la patria comun, pero no todos ni exclusivamente. Y en Valencia pensó el mayor número, mas que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender ajuar y alhajas y en repartirse el peculio, porte que excitó descontento y murmuracion. El clero secular acogió bien á los invasores á imitacion del prelado de la diócesis el arzobispo Company, franciscano escondido en Gandía durante el sitio, y que tornó á Valencia

Conducta del clero y del arzobispo.

despues de conquistada la ciudad, esmerándose en obsequios y lisonjas hácia Napoleon y sus huestes.

De los valencianos.

Verdad sea que hasta de la poblacion recibió Suchet mayores pruebas de aficion que en otras partes. Las causas, las mismas que las que indicamos al tiempo de ser ocupada la Andalucía, ó á lo ménos muy parecidas á las de entónces. Contribuyó tambien mucho á semejante disposicion de los ánimos el inconcebible proceder de Blake, y su tibieza con los moradores. No obstante eso y de procurar Suchet, conforme verémos mas adelante, introducir en la administracion mejor arreglo que otros generales compatriotas suyos, no tardaron largo tiempo en levantarse por aquel reino varias partidas.

Suchet llega á Teruel.

Avanza Montbrun á Alicante.

Miéntas ocurrian en Valencia los sucesos que acabamos de referir, adelantábase por la Mancha el auxilio que enviaba á Suchet el mariscal Marmont, desde las riberas de Tajo, en Extremadura. Consistia la fuerza en tres divisiones, dos de infantes y una de caballos, bajo las órdenes del general Montbrun. Llegó este el 9 de enero á Almansa, y aunque con fecha del 11 recibió indicacion de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia excusado era el socorro, prosiguió sin embargo su marcha y se adelantó á Alicante, cuya plaza pensó ganar por sorpresa aprovechándose del decaimiento que habia causado la pérdida de la capital de la provincia. No era la empresa tan fácil como se imaginaba.

Suchet

Posicion del general Mahy.

Don Nicolas Mahy y las tropas que con él se re-



tiraron despues del 26 de diciembre á las riberas del Júcar, habian abandonado estas harto de prisa, y evacuando apenas sin oposicion el punto importante de Alcira, habíanse venido á Alcoy, y pasado en seguida, unas á Alicante, otras á Elche. Tambien Don Manuel Freire se habia alejado de Requena y acercádose á los mismos puntos.

Se aleja Montbrun.

Aunque poco gloriosos los mas de estos movimientos, resultó no obstante de ellos que se agolpaban hácia Alicante tropas bastantes para desbaratar los proyectos de los enemigos contra dicha plaza. Se presentó delante de ella el general Montbrun, y habiendo intimado en vano la rendicion y arrojado dentro algunas granadas, se retiró de allí muy pronto. Su presencia, si bien efimera, dejó en la comarca mal rastro, porque despues de haber desalojado de Elche y pueblos cercanos las tropas españolas, impuso de contribucion á los habitantes sumas enormes, y causóles extorsiones graves.

Suchet.

Esto y otras atenciones impidieron á Suchet emprender cosa alguna contra Alicante y Cartagena, cuyos boquetes, fomento de guerra, habia pensado cerrar el mariscal frances, apoderándose en breve de aquellos muros. La malograda tentativa de Montbrun sirviendo de despertador para una defensa más cumplida, frustraba todo rebate.

Toma á Denia.

Tuvo por tanto Suchet que limitar sus deseos, y contentarse con situar mas allá del Júcar al general Harispe y la brigada de Delort, poniendo por la izquierda de estos en Gandía al general Habert.

Tambien se enseñoreó de Denia puerto de mar, plaza en el nombre, con un castillo en lo alto. La abandonó sin hacer resistencia su gobernador Don Estevan Echenique. Tuvo de ello culpa en parte Don Nicolas Mahy que primero envió 200 hombres de socorro y luego los retiró. Sin embargo, ya que se hubiese evacuado la ciudad, convenido hubiera sacar, como no se hizo, varios efectos é inutilizar la artillería.

Despues de tamañas desgracias las tropas que restaban del 2.º ejército, y se habian retirado con las del 3.º mandadas por Don Nicolas Mahy, y las que de este mismo se habian ántes adelantado con Don Manuel Freire hácia Requena, ó quedádose en la Frontera de Granada, continuaron alojadas ya en Alicante y sus alrededores, y ya en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. El número de ellas incluyendo las guarniciones de las citadas últimas dos plazas, al pié de 18,000 hombres. Tomó luego el mando interino de todas Don José Odonnell, gefe del estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en cuenta se alejaron al fenecer enero, y no tardaron mucho en regolfar á Aragon, principal sitio de sus proezas.

No solo se vieron acosadas todas estas fuerzas por las de Suchet y por las del general Montbrun, sino tambien por parte de las del ejército frances del mediodia que acudieron al cebo de los despojos. Llegaron las postreras á la vista de la ciudad de Murcia el 25 de enero, y el 26 entró en ella con 600

Situacion del segundo y tercer ejército.

El general Soult en Murcia.



caballos el general Soult, hermano del mariscal. La víspera le habia precedido un destacamento, y unos y otros impusieron al vecindario muy pesadas contribuciones, imposibles de realizar. A estos gravámenes quiso el general frances añadir otro nuevo con sus festines, y mandó se le preparase para aquel dia en el palacio episcopal donde se albergaba, un espléndido y regalado banquete. Gustaba ya deliciosos manjares, cuando vino á interrumpirle en su ocupacion sensual una voz que decia: „Las tropas „españolas han entrado, los enemigos son perdidos.”

En efecto, Don Martin de la Carrera que se apostaba no léjos con gran parte de la caballería del segundo y tercer ejército, despues de reunir un trozo de ella en Espinardo á media legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 ginetes. Tenian otros la órden de acometer al mismo tiempo por los demas puntos. Era el intento de Carrera sorprender á los enemigos que á la verdad no le aguardaban, cogerlos ó aventarlos, y libertar á la ciudad de huéspedes en tal manera molestos.

Sobresaltado el general Soult, levantóse de la mesa, y con la precipitacion tropezó y bajó la escalera casi rodando. Aunque mal parado, montó sin embargo á caballo: le siguieron todos los suyos. No así por desgracia á Carrera los de su bando, quienes, excepto los que él mismo capitaneaba, ó no entraron en la ciudad ó retrocedieron luego por equivocacion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el Don

Le ataca Don  
Martin de la  
Carrera.

Martin que hacer cara solo con sus cien hombres á las fuerzas del enemigo tan superiores. No por eso se abatió, y ántes de ser estrechado paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminar la sangre al frances; mas á lo último cogidos, muertos ó destruidos los soldados de Carrera, quedó este solo y rodeado por seis de los enemigos en la plaza nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostúvose aún, no quiso rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolas, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo y membrudo, de estatura elevada, noble en el rostro, de arrogante y gentil apostura.

Antes de finalizarse el combate ya habian los enemigos entregado al saco la ciudad de Murcia. Robáronlo todo, y cometieron los mayores excesos, particularmente en el barrio del Cármen. Despojaban en la calle á las mismas mugeres de sus propias vestiduras, y no perdonaron ni aun el ochavo que en el mugriento bolso escondia el mendigo. Cargados de botin y temerosos de que tornasen los nuestros, se retiraron por la noche, y en Alcantari-lla y en casi todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasías.

Como quiera que lacerados de dolor, tributaron los murcianos al dia siguiente honores fúnebres al cadáver del inmortal Don Martin de la Carrera, y

Muerte glo-  
riosa de este.  
S

Honores que  
se le tributan.



le sepultaron con la pompa que les permitia su triste azar. Un mes despues celebró tambien en memoria del difunto solemnes exequias el general en gefe Don José Odonnell, y dióse el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolas, en la cual terminó aquel caudillo sus dias peleando como bueno. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo de su fallecimiento.

A los muchos desastres que de tropel sucedieron en esta parte de España agregóse otro mancillado de afrenta. Dueño de Valencia el mariscal Suchet, y enviadas á la derecha del Júcar las fuerzas que hemos arriba expresado, púsose asimismo en relacion, ocupando á Buñol, con el ejército frances del centro, destacó á Cataluña la division de Musnier necesaria allí por lo que ocurría, y destinó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Peñíscola.

Sitio de Peñíscola.

Se eleva esta poblacion sobre una empinada roca, mar adentro á 120 toesas de la orilla, con la cual no comunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpados y buenas obras rodean la plaza por todas partes; domínala interiormente un castillo, y se asemeja en compendio por su natural fortaleza á Gibraltar. Fué largo tiempo mansion de aquel papa Luna de condicion tan obstinada, cuyo nombre lleva todavía una torre en donde parece moraba. Cubren al istmo en los temporales las oleadas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allá y pa-

rálelo á unas montañas vecinas se extiende un marjal perenne, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, é interrumpido con cortaduras la calzada que le atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no señores de la mar. Tenia la plaza 1,000 hombres de guarnicion y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas barcos cañoneros y buques de guerra de nuestros y aliados. Era gobernador Don Pedro Garcia Navarro.

Acercóse el general Severoli el 20 de enero á Peñíscola, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas empezaron los enemigos á preparar el sitio, y se colocaron en las colinas y playas inmediatas. El 28 arrojaron bombas desde una batería de morteros distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1.º de febrero formaron la línea paralela de faginas y gabiones que se prolongaba por detras de la inundacion, y torcia á su extremo meridional para continuar lo largo de la costa. En el opuesto construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que tenian los sitiadores que vencer ántes de aproximarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante prosiguieron los trabajos.

En el intermedio aconteció que viniese á parar á manos de los franceses un pliego que el gobernador Garcia Navarro escribia al general español de Alicante: quejábase en su contenido del porte de los ingleses, y hablaba como si intentasen estos apode-

La toman los franceses.



rarse de Peñíscola; añadiendo que preferiria en tal caso someterse á los enemigos. Barruntos tenia Suchet de la propension de ánimo del Garcia Navarro, si ya no ocultas relaciones; y en vista ahora del expresado pliego se apresuró á establecer con él negociacion directa, para lo cual despachó al oficial de estado mayor Mr. Prunel. Garcia Navarro inmediatamente se rindió á partido, y se rindió bajo la sola condicion de que se permitiera á los suyos retirarse libremente adonde quisiesen. En consecuencia se posesionaron los franceses de Peñíscola el 4 de febrero. Escandalosa entrega; pero aun mas escandalosos y sin ejemplo los términos siguientes con que se encabezó la capitulacion.<sup>1</sup> „El gober-

[1 Ap. n. 5.]

Conducta infame del gobernador Garcia Navarro.

„nador y la junta militar. . . . convencidos de que „los verdaderos españoles son los que unidos al rey „Don José Napoleon procuran hacer ménos desgraciada su pátria.” Basta. ¡Qué gobernador! ¡Qué junta militar! No paró aquí la desbocada conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y recibió en premio honores y condecoraciones, escribiendo ántes al mariscal Suchet entre otras cosas:<sup>1</sup> „V. E. debe estar bien seguro de mí: la entrega de una plaza fuerte que tiene víveres y todo lo necesario para una larga defensa. . . . es un „garante de mis promesas. . . .” Memorial con relacion de méritos sacados de la propia infamia.

[1 Ap. n. 6.]

Tal baldon, tales infortunios compensáranlos en parte dos acontecimientos felices y honrosos que ocurrieron casi por el mismo tiempo.

Fué el uno la defensa de Tarifa. Dióse cuenta en su lugar de los refuerzos anglo-españoles que habian en octubre entrado en aquella plaza, como tambien de los movimientos concomitantes que hasta 1.º de noviembre ejecutó en la serranía de Ronda Don Francisco Ballesteros. El glorioso avance que hizo dicho general sobre Bornos en 5 de aquellos meses, y otro que en su apoyo verificaron á la propia sazón, la vuelta de Veger, el general Copons y el coronel ingles Skerret, pararon ahincadamente la consideracion del mariscal Sout. Pero no hallándose este con suficientes fuerzas á causa de las que le ocupaban las inmediatas atenciones, y de tropas que habia enviado á Extremadura por lo de Arroyomolinos, creyó necesario echar mano en parte de las de Granada para contener á Ballesteros y embestir á Tarifa. Así ordenó que Leval se acercase á la serranía de Ronda con 6,800 combatientes infantes y caballos, y que se le juntase en ella el general Barrois con 4,200, debiendo tambien dirigirse un trozo de 3,000 hombres de los que sitiaban á Cádiz sobre Facinas y otros puntos inmediatos. Tal avenida de fuerzas obligó á Ballesteros á Refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando no obstante en las montañas una vanguardia á las órdenes de Don Antonio Solá, quien asistido ademas de los serranos tenia encargo de cortar al enemigo la comunicacion é interceptarle las subsistencias. Cumplió debidamente este gefe con lo que le habian encomendado, y estrechando de cerca el 6 de

Serranía de Ronda y Tarifa.

Movimientos de Ballesteros.



diciembre á los franceses de Estepona, los obligó á huir, y les cogió mochilas y equipages. Tambien Copons y Skerret evolucionaron para distraer al enemigo por la parte de Algeciras; mas sabedores de que Tarifa era amenazada, tornaron de priesa á cubrir sus muros.

Sitian los franceses á Tarifa.

El deseo de enseñorearse de ellos, y la escasez de vituallas que las correrías de Solá y del paisanage causaban en el campo frances, decidieron á Leval á abandonar á San Roque y aproximarse cuanto ántes á la citada plaza de Tarifa. Se halla esta colocada en la punta mas meridional de España y en lo mas angosto del estrecho: tiene de poblacion dos mil y cien vecinos, y le dió renombre la defensa que contra moros hizo Don Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno, por hazaña tan ilustre, sin par en sus circunstancias. No guarnecian á Tarifa sino un antiguo y frágil castillo, y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso. Los reparos nuevos, no muchos, y poco robustos. A corta distancia y al sudoeste plántase una isla circular y peñascosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciudad. Antes separaba á dicha isla del continente un canal de corriente rápida, á manera de pequeño Euripo, que se acabó de cerrar en 1808 por el celo y personales sacrificios del intendente Don Antonio Gonzalez Salmon, quien formó allí un fondeadero acomodado. Habíanla actualmente fortalecido y artillado con 12 cañones: punto de retirada conveniente y que infundia alien-

to. Fueron habilitadas en su recinto una cisterna y una antigua torre, y se sirvieron los sitiados para almacen de pólvora de una especie de subterráneo apellidado Cueva de moros, guardada en otro tiempo de corsarios berberiscos. Prevencion necesaria la última, estando la isla dominada por las alturas vecinas. De ellas la mas cercana al oeste, la de Santa Catalina, fortificóla Copons, ejecutando tambien al este, frontero de la Galeta, algunas obras. Cortáronse ademas en la ciudad las calles, y se atajaron con rejas arrancadas de las ventanas: atroneráronse muchas casas. Constaba la guarnicion entre ingleses y españoles de 2,500 hombres. Los tarifeños se selañaron de valientes y proporcionaron 300 marineros. Era gobernador el coronel Don Manuel Davan, y gefes de ingenieros y de artillería Don Eugenio Iraurgui y Don Pablo Sanchez. Mandaba las fuerzas sutiles españolas Don Lorenzo Parra. Habia tambien buques de guerra ingleses. La defensa sin embargo dirigióla con especialidad Don Francisco Copons y Navia ayudado de los consejos del coronel ingleses Skerret.

Presentáronse los franceses á la vista de la plaza el 19 de diciembre, despues de dejar fuerza en observacion de Ballesteros, y tambien del lado de Algeciras. Obligaron á Copons el 20 á meterse dentro, y empezaron en seguida los trabajos de sitio; adelantáronse el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 abrieron el fuego con 6 cañones de á 18 y 3 obuses de á 9 pulgadas. En la tarde del mismo día

Gloriosa de fensa.



hallábase ya practicable una brecha de 300 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreón de Jesus. Intimaron luego los enemigos la rendicion, y desechada la propuesta por Copons, preparáronse al asalto.

Se verificó este el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo de una vez á embestir la brecha 23 compañías al cargo del general Chasse-reaux, á las que apoyaban las demas fuerzas. Los acometedores se arrojaron con ímpetu; pero parólos en su ataque una escarpadura interior hecha en la muralla, y varios parapetos de colchones levantados detras, junto con el fuego incesante que salia de los lugares vecinos y las casas. Descorazonados los enemigos no insistieron en romper adelante, y retrocedieron con gran mengua, dejando allí mas de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio que se les concedió; ayudándolos generosamente en la faena nuestros soldados y paisanos: ejemplo de humanidad raro y no ménos digno de imitar que los muchos que de valor habian dado todos ellos poco ántes. Aprovechóse Copons de la ventaja, y á su vez incomodó al sitiador por cuantos medios pudo. Vinieron tambien en auxilio de la plaza las lluvias, que anegaron las trincheras enemigas, los caminos y los campos, sin dejar al fatigado frances ni siquiera un palmo de terreno enjuto en que reclinar la cabeza. Apurado Leval alzó el sitio el 5 de enero, yéndose via de Vejer y Medina. Costóle la ma-

Levantian  
los franceses  
el sitio.

lograda tentativa entre muertos, heridos, enfermos y desertores al pié de dos mil hombres. Perdió toda la artillería gruesa, y dejó sembrados por el tránsito efectos y municiones. Así se estrellaron los esfuerzos de diez mil franceses en las murallas de una fortaleza, flacas en sí, mas sostenidas por brazos vigorosos, y por el buen concierto de los gefes españoles é ingleses.

El segundo de los dos acontecimientos que hemos anunciado como favorables y gloriosos fué la toma de Ciudad-Rodrigo, mas importante por sus consecuencias que la defensa de Tarifa. Resuelto Lord Wellington, segun apuntamos al principio de este libro, á formalizar el sitio de aquella plaza, continuó tomando varias disposiciones desde sus acantonamientos de Freineda, y juntó en Almeida al acabar noviembre el parque correspondiente de artillería. Completó en seguida y con mucho órden los demas preparativos, habiendo ejercitado algunas tropas en las tareas propias del ingeniero y del zapador, en lo que ántes se habian los suyos mostrado harto bisonños. Mandó tambien al general Hill que se moviera hácia la Extremadura española, y colocó á Don Carlos España y á Don Julian Sanchez en el Tormes, con objeto de que los últimos cortasen aquellas comunicaciones. Estos gefes, particularmente Sanchez, desempeñaron bien su comision, y los pueblos de Castilla mostraron, segun escribia el mismo Wellington, grande adhesion á la causa de la patria; guardando ademas tal

Ciudad R<sup>o</sup>  
drigo.



fidelidad, que pasaron dias primero que supiesen los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Cerca Lord Wellington la plaza.

Debió este tener principio el 6 de enero; pero se retardó hasta el 8 por el mal tiempo. Describimos á Ciudad-Rodrigo cuando el cerco de 1810, tan honorífico para las armas españolas. Desde entónces habian los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortalecido los principales edificios del arrabal, y el convento de Santa Cruz al nordeste, como tambien levantado en el cerro, ó sea teso, de San Francisco un reducto que apellidaron de Renaud, en memoria del malhadado gobernador de aquel nombre que cogiera Don Julian Sanchez.

Ocuparon los ingleses esta obra en la noche misma del 8 al 9; estreno feliz de su empresa. Por allí dirigieron los trabajos, siguiendo el mismo camino que habian tomado los franceses en el anterior cerco. Establecieron los sitiadores la primera paralela en el mencionado teso, y plantaron tres baterías de á once piezas cada una. Rompieron el 14 el fuego, y abriendo los aproches formaron la segunda paralela á 70 toesas de la plaza. Favoreció el progreso la toma que el general Graham verificó el 13 del convento de Santa Cruz, con lo cual se vió protegida la derecha de los sitiadores. Sucedió otro tanto respecto á la izquiera, habiéndose enseñoreado los aliados en la noche del 14 del convento de San Francisco en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda para-

lela y sus comunicaciones, y no descuidaron adelantar la zapa hasta la cresta del glacis.

Entre tanto habia previsto Wellington que tal vez convendria ántes de que se concluyeran debidamente los trabajos dar el asalto; por lo que, recibiendo de los ingenieros seguridad de que era posible abrir brecha solo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pusiese en ello todo el conato. Así se hizo, y en la tarde del 19 hallóse ya aportillado el muro de la falsabraga y el del cuerpo de la plaza. Ademas de la brecha principal practicóse otra mas á la izquierda de los aliados, por medio de una nueva bateria planteada en el declive que va desde el cerro al convento de San Francisco.

Hasta entónces habian los sitiados procurado retardar las operaciones del ingles, y el 14 hicieron una salida en que le causaron daño. Sin embargo, ni estas tentativas, ni otros arbitrios fueron parte á impedir que llegase el momento crítico del asalto.

Dispúsole Wellington, desechada que fué por el gobernador frances la propuesta de rendirse, y aceleróle en consecuencia de tristes nuevas que empezaba á recibir de Valencia, como tambien por reunir tropas en Valladolid el mariscal Marmont; quien desde Toledo y Talavera habia llegado en los primeros dias de enero á aquella ciudad con parte de su ejército en busca de víveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad-Rodrigo.



La asaltan  
los aliados y  
la toman.

Por tanto, el mismo día 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al cerrar de la noche se asaltase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas, á las órdenes del general Pack, estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional: debía la cuarta, guiada por Crawford, embestir la brecha pequeña, y cubrir la izquierda del acometimiento de la mas principal, cuyo asalto se habia reservado á las tres columnas restantes bajo el general Picton. Dióse principio á la empresa, arrostrando los anglo-portugueses con serenidad los mayores peligros, y superando obstáculos. Se defendieron los franceses con denuedo; mas sucediendo bien los diversos ataques, aflojaron, y pudieron los aliados al cabo de media hora extenderse lo largo de las murallas, y enseñorearse de la plaza. Cayeron prisioneros 1709 franceses, y el comandante Barrié que hacia de gobernador; los demas, hasta 2000 que componian la guarnicion, habian perecido en la defensa. Conservaron los aliados al entrar en la ciudad buen orden: su pérdida ascendió en todo á 1300 hombres. Entre los muertos contóse desgraciadamente á los generales Mackinson y Crawford. Entregó Lord Wellington la plaza en manos de Don Franciseo Javier Castaños, y las córtes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugues, y concedieron al general en gefe la grandeza de España bajo el título de duque de Ciudad-Rodrigo. Tambien el gobierno y parlamento británicos dispensa-

Gracias y recompensas.

ron honores y pensiones, ordenando ademas que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malogrado general Crawford.

Otros sucesos felices y nuevas esperanzas acompañaron á estos triunfos. No habian los franceses reforzado sus filas en 1811 con mas de 50,000 combatientes; auxilio que ni con mucho bastaba á llenar los claros que hacia la guerra, ni los huecos que dejaban algunas tropas que ahora partieron; pudiendo aseverarse que por el tiempo en que vamos no conservaban los enemigos en la península arriba de 240,000 hombres. Entre los llegados últimamente muchos eran conscriptos, y en el diciembre de 1811 y primeros meses de 1812 marcharon á Francia unos 14,000 veteranos; 8000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6000 polacos del ejército de Aragon, queriendo el emperador frances emplearlos en Rusia, cuya guerra parecia ya inminente. Albores todos de las dichas que nos aguardaban en aquel año.

Nuevas esperanzas.